

Lectura (a ras de suelo) del Eclesiastés

Debo confesar que mi inopinado acercamiento al Eclesiastés, que forma parte del conjunto de Libros Sapienciales del Antiguo Testamento, se debe a una malsana curiosidad: localizar la expresión “el número de tontos es infinito”, que muchos ubican en ese libro sagrado. Habría sido muy interesante disponer de sustento bíblico para algo que, por lo demás, cada vez parece más evidente. Pero tras leer y releer el texto, en dos traducciones distintas, no consigo dar con la expresión. Mi gozo en un pozo, por cuanto se refiere al aval divino a una verdad atosigante, de tan amplias posibilidades para el aficionado a la columna.

Afortunadamente, el esfuerzo no ha sido en vano, y el librito que dice escribir un tal Cohelet, aunque tiene como tema (según la Biblia que manejo, versión Nácar-Colunga) la imposibilidad de encontrar la felicidad en esta vida, toda ella supeditada a los designios de Dios, no deja de cobijar en sus páginas un puñado de sentencias que merece la pena tener en cuenta.

Es innecesario advertir que este artículo no tiene ninguna pretensión exegética, estaría bueno. Todo él está escrito con la pluma de un lego, que aprovecha que el Pisuerga pasa por Valladolid, para extrapolar pensamientos. Quizá a alguno de ustedes les parezcan fuera de contexto. Pero, con el debido respeto, no me resisto a traer aquí algunos de los apotegmas del Cohelet, en cuyas palabras encuentro una pequeña mina de sabiduría. Bien es cierto que muchas de las cosas que dice el autor pudieran haber sido redactadas por Perogrullo, pero no por obvias suelen ser muy tenidas en cuenta, y el empuje moral de un texto que forma parte de la Biblia es siempre mayor, digo yo.

Son máximas que pueden tener traslado a la vida cotidiana, que pueden animar a la reflexión a cualquiera. Pero a un servidor le estimula más sacar los versículos y aplicarlos no al ámbito del día a día del hombre de a pie, sino a otro mundo del que algo conozco y sobre el que las opiniones no suelen ser muy favorables: habrán adivinado que me refiero a la política. Es este un territorio singular, muy complicado, donde el tránsito no suele ser nada pacífico. En él, las ambiciones, legítimas, ilegítimas y mediopensionistas, chocan a diario hasta el punto que, como diría Leguineche, habría que hervir el aire antes de respirarlo. No todo es malo, claro, no seamos dramáticos. También encontramos nobleza, afán de servicio y hasta en algunas ocasiones sentido común. Además, la política es necesaria, dejémonos de utopías.

Se me ocurre, por eso, que quizá pudiese destinar este artículo a los jóvenes felices e indocumentados (como García Márquez en sus principios, oiga, no se me ofendan) que se acercan a la cosa pública a través de la vida de partido. Bien pudiera servirles de báculo algún versículo. El político tiende a la ingravidez, y algunas buenas lecturas proporcionan peso para mantener los pies en el suelo. No me atrevo a dedicar las líneas a los políticos veteranos, ya resabiados y pluscuamperfectos. No me lo perdonarían y las palabras caerían en la nada.

Bueno será empezar por hacer notar al neófito que, al final, “(...) del sabio, como del necio, no se hará eterna memoria”. (Ecl., 2, 16). Pesimista el versículo de marras, que equipara los esfuerzos del sabio y los del necio, igualados y arrasados por el tiempo. La realidad nos dice que la memoria es escasa y que por mucho que uno se esfuerce, salvo que sea un fenómeno, cosa no demasiado frecuente, todo el trabajo quedará diluido en el

piélago de la muchedumbre supérstite, con la insoslayable colaboración de los enemigos. Pesimismo puro y duro, pero nada alejado de la realidad.

Imprescindible el siguiente versículo: “[hay] tiempo de amar y tiempo de aborrecer”. (Ecl., 3, 8). Con seguridad, el recién llegado transitará, a veces sin solución de continuidad, del amor al odio. Los intereses, las expectativas, se sustentan sin remedio en los apoyos que se van consiguiendo. Como al final todo es interés, tarde o temprano llegan los desamores. Y, como en los divorcios inamistosos, la templanza no suele acompañar a los actos, y el odio toma tintes especialmente virulentos.

Mucho ojo hay que tener con lo que se nos advierte en el versículo 3, 16: “En el puesto del derecho está la injusticia, y en el lugar de la justicia está la prevaricación”. Tenga cuidado el recién llegado que, aunque el Cohelet no sea la alegría de la huerta, lo que aquí dice está muy arraigado en el pensamiento de muchos. Esfuércese, si le es posible y si le dejan su ambición y la de los demás, en cambiar esta visión de las cosas. Que la gente conoce muy bien dos refranes: *lo que se ajusta a mi gusto es lo justo, y allá van leyes do quieran reyes*. Basta con leer la prensa, obligación que no hace falta recordar a quien se dedica o pretende dedicarse a la cosa pública, para tomar razón del ambiente. Esfuércese el aspirante en predicar con el ejemplo.

¡Ay, ay! Ahora sí que mete el dedo en la llaga el inspirado autor del Libro: “Vi también que todo trabajo y cuando de bueno se hace mueve la envidia del hombre contra su prójimo”. (Ecl., 4, 4). Ármate de paciencia, osado principiante y, sobre todo, de buen estómago, que te quedará mucho por digerir si eres víctima del gran pecado nacional. Más aún debes de preocuparte si el envidioso eres tú: quizá sepas que, como dice Ruiz-Zafón, la envidia es un ciego que quiere sacarte los ojos. Si padeces esa enfermedad, sufrirás sin medida, mucho más de lo que harás sufrir. En el pecado llevarás la penitencia. Y si simplemente eres víctima, hazte fuerte. No te queda otra. O manda a todos a hacer puñetas, que tampoco es mala fórmula.

Preciso será que te percaes de que “Más valen dos que uno solo, porque lograrán mejor fruto de su trabajo”. (Ecl., 3, 8) Ya sabes, trabajar en equipo es lo mejor, pero no siempre tendrás ocasión. Las más de las veces te limitarás a formar parte de un grupo, no de un equipo, y todo será ilusión óptica. La culpa será de todos y todos pagarán las consecuencias.

“Más vale mozo pobre y sabio que rey viejo y necio que no sabe escuchar los consejos”. (Ecl., 3, 13). Qué duda cabe. Pero la mocedad y la sabiduría no suelen ir de la mano. Todo tiene su tiempo. Y, sobre todo, hay que tener presente que la juventud, de límites un tanto indeterminados, sólo es un estadio de la vida. El ser joven no es un valor en sí mismo; la juventud, para ser valiosa, ha de ser comprometida, esforzada, ilusionada, positiva y humilde. Ahí es nada.

Lo que proclama ahora el Eclesiastés sé que no lo tendrás en cuenta. Seguramente, no porque no quieras, sino porque no podrás. Así son las cosas, pero para que tus esfuerzos vayan acompañados de credibilidad, me parece que deberías seguir a rajatabla el siguiente consejo: “Mejor es no prometer que dejar de cumplir lo prometido”. (Ecl., 5, 4). Seremos pesimistas. A estas alturas, el personal raramente se cree las promesas de los políticos, especialmente si figuran en los programas electorales, aunque a veces multitudes los siguen, más que otra cosa por inercia y por ir contra los adversarios.

Contarás con esa ventaja, con el apoyo de los convencidos, quienes mirarán para otro lado cuando no cumplas con tu palabra. Pero piensa que el número de descreídos aumenta.

Qué difícil te lo pone Cohelet. Fíjate que ahora nos viene con que “(...) de la muchedumbre de las palabras [nacen] los despropósitos”. (Ecl., 5, 6). Cómo evitar la palabrería. Cómo huir de las frases que sólo concatenan bocanadas de humo. Complicado reto. Sobre todo cuando se habla simplemente para dar acomodo a consignas, cuando con la verborrea irrefrenable damos por sentado que la gente es tonta. Por el contrario, “¿Quién como el que sabe explicar las cosas”. (Ecl., 8, 1). A mayor abundamiento: “Al necio los labios le causan la ruina”. (Ecl., 10, 12).

Ten en cuenta también, si te lo permite tu ego, que “Mejor es oír el reproche de un sabio que escuchar las cantilenas de los necios”. (Ecl., 7, 5). A todos nos gusta sobremanera que nos doren la píldora. Pero el camino de la adulación es el de la perdición. Escuchar es imprescindible y para eso, que no es nada fácil, hay que domeñar la tendencia a pensar que uno ya lo sabe todo. El camino de la adulación es el de la mediocridad. Rodéate de quienes te hablen con sinceridad, y está a la recíproca. Busca estar con los mejores y estar entre los mejores, pero no dejes (más difícil todavía) de ser humilde.

No todo ha de ser admonición tras admonición. El Cohelet también dedica algunas líneas a la alegría de vivir: “Por eso alabo la alegría, que el hombre no tiene bien bajo el sol sino nacer, beber y alegrarse”. (Ecl., 8, 15). Mucho ojo con agarrarse al versículo y tomárselo demasiado a pecho. Tendrás muchas ocasiones de asistir a banquetes y ágapes, pero el festejo gastronómico se fastidiará con la estomagante cháchara política. Cuidado con las libaciones, ten presente que “No digas mal del rey ni aún con el pensamiento; ni digas mal del rico ni aún en la alcoba, porque los pájaros llevan la noticia y un alado hará saber tus pecados”. (Ecl., 10, 20). Cuidado con los pájaros, que abundan. La fauna política da para un buen tratado de ornitología. Mejor sé prudente.

En fin, no te aburro más, esforzado aspirante. Si has tenido la paciencia de llegar hasta aquí, bueno será que demos por cerrado el asunto con unas palabras del propio Eclesiastés en las que se subsume todo lo dicho y todo lo omitido: “Vanidad de vanidades, todo es vanidad.” (Ecl., 1, 2). Otra traducción reza: “Sinrazón de sinrazones, todo es sinrazón”. Elige la versión que quieras, y que Dios te la depare buena.

Juan Carlos Fernández.
www.juancarlosfernandez.es